

**SEGUNDA PARTE**

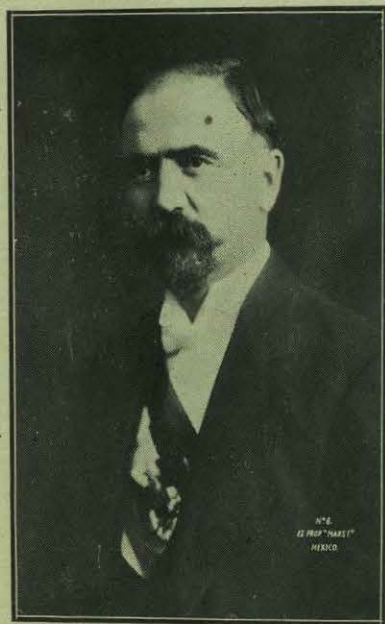
---

**Francisco I. Madero**

---

SEGUNDA PARTE

Francisco J. Madero





---

I

Las biografías que del señor Madero se han escrito hasta hoy, adolecen del defecto, capital en trabajos de esta índole, de ser exclusivamente parciales. Los del pro han pintado la vida del actual mandatario como un conjunto de genialidades y de grandezas, perfilando una figura altamente sugestiva; los del contra han amontonado el denuesto y la interpretación torcida, para presentarnos un sér corrompido y maltrecho, de facultades volitivas muy escasas y de muy relajada moralidad. Pero nadie ha hecho la crítica justa; nadie escudriñó ni pesó escrupulosamente los actos del señor Madero; nadie ha observado con cuidado las tendencias y los sentimientos dominantes en su personalidad para establecer una consideración definitiva.

Nosotros, de acuerdo con esto, vamos a procurar, ya que poseemos datos ciertos y alguna vez hemos estado cerca del señor Madero, hacer una biografía lo más apegada a la



verdad, sin modificaciones dolosas ni adulaciones ridículas.

\*  
\* \*

Don Francisco I. Madero pertenece a una familia lusitana, de las que allá por el siglo XVII, vinieron a establecerse en las Provincias de Oriente para hacer fortuna, atraídas por el halago de una tierra poco menos que virgen, plena de vigor y de riquezas naturales. El trabajo y la constancia de sus progenitores, pudieron labrar la cuantiosa fortuna que han sabido sostener y aumentar, generación tras generación. Algunos de sus enemigos han hecho circular la especie de que un ascendiente del Primer Magistrado de la Nación tenía lazos consanguíneos con el traidor Elizondo, que vendió en Acatita de Baján a Hidalgo y a otros distinguidos libertadores de la Patria. Aunque se han publicado documentos que pudieran arrojar luz sobre este asunto, nada se puede puntualizar, atendiendo a que la pasión política puede fraguar acusaciones absurdas sosteniéndolas con falsas documentaciones.

Nació el señor Madero en la Hacienda del Rosario, Estado de Coahuila, propiedad del señor su abuelo don Evaristo Madero, el 4 de Octubre de 1873, siendo primogénito del matrimonio compuesto por don Francisco Made-

ro sr. y la señora doña Mercedes González Treviño.

Durante los primeros años de su vida estuvo en la citada finca de campo y en Saltillo, donde principió los estudios elementales en un colegio de jesuitas, el de San Juan. En abono del hoy Presidente de la República, diremos que en los «Cuadros de Honor» que conserva el plantel de referencia, con los nombres de sus alumnos mas aventajados, figura el del señor Madero. Terminada su instrucción primaria, con singular aprovechamiento, en 1887 fué internado en el Colegio de Las Vegas, que también era de jesuitas, establecido en Nuevo México, EE. UU., donde aprendió el idioma inglés y cursó la enseñanza superior, que fué posteriormente a perfeccionar en Francia, acompañado de su hermano don Gustavo, en el «Liceo Roche», de Versalles, y en la «Ecole des Hauts Etudes Commerciels», de París. Asimismo, hizo allí los estudios especiales del Instituto, como Economía Política, Ciencias Naturales, Finanzas, Geografía, Derecho Comercial, Derecho Civil, etc., obteniendo por lo regular, magníficas calificaciones. Concluida su educación mercantil, volvió al seno de la familia, temporalmente, en 1892; pero deseoso de completar la educación adquirida, ávido de



conocer la región occidental de los Estados Unidos, poco tiempo después se dirigió a la Alta California, estableciéndose en el puerto de San Francisco algo más de un año. Allí se asimiló, con preferencia, amplios conocimientos sobre agricultura, ese ramo por el que siente decidida inclinación. En esta populosa ciudad de la gran nación americana, conoció el señor Madero a la que hoy es su esposa, la señora Sara Pérez de Madero, que a la sazón estaba educándose en un colegio de California.

Ya a fines de 1894, como su padre insistiera en que regresase al terruño, a laborar por la conservación de sus intereses, el señor Madero, obrando de acuerdo con tales indicios, vino a Coahuila para dirigir la administración de las fincas rurales que poseía en La Laguna, casi coincidiendo su llegada con la construcción de los ferrocarriles en su Estado natal, y que facilitando la transportación de las cosechas a los centros de consumo, dieron un grande impulso a la agricultura, permitiendo perfeccionar y aumentar extraordinariamente la producción. A fin de proporcionar una buena dotación de agua a sus propiedades, construyó presas y canales, mejoró los métodos de cultivo e introdujo maquinaria agrícola moderna, consiguiendo en poco tiem-

po multiplicar el valor de sus tierras, siendo uno de los que con más eficacia contribuyeron a la prosperidad de la región. Procuró también mejorar la condición de sus trabajadores, elevando su nivel intelectual con el establecimiento de escuelas, donde se les impartía enseñanza gratuita.

Su iniciación a la vida pública vino más tarde, cuando todo Coahuila recibió con hostilidad la reelección de don José María Garza Galán para Gobernador del Estado. Como era natural, de la política local, el señor Madero extendió sus miradas por nuevos horizontes y se dedicó de lleno a procurar, por todos los medios, combatir la viciada administración porfirista, repugnando, como todos los espíritus renovadores, con un régimen eminentemente conservador.

Del estudio que hiciera de la situación brotó su libro «La Sucesión Presidencial», donde con criterio sereno, aunque dentro de un molde en consonancia con la época, caracterizada por su inmoderada opresión, hizo atinadas observaciones y planteó de manera muy aceptable la cuestión, entonces de palpitante actualidad, sintetizada en el título de su obra. Este libro fué leído con interés en toda la República, causando sensación en determinados círculos sociales.



Puede considerarse la obra de referencia, como el primer paso por el derrotero que las nuevas orientaciones de su espíritu iban a imprimir a su vida.

Hasta aquí, los antecedentes del Sr. Madero. En ellos se advierten los rasgos más característicos del Primer Magistrado, es decir, sus buenas intenciones y su perseverancia.

En capítulos subsecuentes le veremos bajo distintos aspectos y podremos estudiarlo como gobernante y como caudillo revolucionario.

---

## II

El ruidoso fracaso del reyismo, por la poca decisión de su jefe, que no quiso aprovechar la magnífica oportunidad que se le ofrecía, por temor o por solidaridad con el régimen anterior, dejó al pueblo desorientado y decepcionado; pero la reacción había de venir, más cruda y más fortísima todavía, porque era el resultado de las cóleras y de los anhelos populares.

En tal virtud, como el único partido aceptable era el Antirreeleccionista por su radicalismo, todos los elementos contrarios al gobierno se agruparon al derredor de aquel grupo, hasta entonces insignificante y raquítico. Este partido, aunque era de ideas intransigentes, contaba entre sus miembros a personas enteramente conciliadoras y tolerantes, que ejercieron toda su influencia sobre sus coasociados con el fin de llegar al poder recatadamente, bajo la sombra del Gral. Díaz. Entre estas personas estaban D. Emilio y D. Francis-



co Vázquez Gómez, D. Francisco Martínez Baca y otros. Contrarrestando las propensiones aleatorias de las personas citadas, otro grupo, mucho más numeroso, dió al partido una orientación más firme y segura, poniéndose frente a frente de los gobiernistas. Por este nuevo camino, más franco, pero también más escabroso, penetraron resueltamente todos los que formaban parte del Partido Antirreeleccionista, y aún los Señores Vázquez Gómez, al principio conservadores, se portaron virilmente, sabiendo sostenerse con energía, hasta en los trances más difíciles.

El Señor Madero, ya sea porque disponía de más facilidades para hacerlo, bien porque estaba lleno de entusiasmos y compenetrado de la magna labor renovadora que estaba reservada a la generación presente, se convirtió en el más caracterizado propagador de la causa antirreeleccionista. Recorrió gran parte de la República, acompañado de amigos, procurando inculcar los principios democráticos en todas las conciencias, despertando los espíritus embotados por la presión de un régimen despótico.

Con este motivo, fué adquiriendo las simpatías del pueblo; fué conquistándose los votos de sus correligionarios, y en la convención

del 15 de Abril de 1910, celebrada en el Tívoli del Eliseo por los partidos aliados Antirreeleccionista y Nacionalista Democrático, resultó electo, por declamación, Candidato a la Presidencia de la República. A partir de este momento, el Poder, ya un tanto alarmado por el incremento que tomaba el Partido, empezó a obstruccionar y a cometer sus acostumbrados atropellos. Sin embargo de esto el Sr. Madero, con entereza que todos le han reconocido, supo conservarse en su puesto, y así fué cómo prosiguió valientemente en su jira de propaganda, luchando abiertamente con la fuerza, incontrastable hasta entonces, de los hombres que llevaban las riendas del Gobierno.

Ese estado de cosas no podía mantenerse mucho tiempo, y el General Díaz, ya en vísperas de los comicios, temeroso de una derrota o de una fricción perturbadora del orden, aprehendió a su contrincante en Monterrey, remitiéndolo más tarde a San Luis, donde permaneció en la Penitenciaría del Estado hasta que las elecciones se habían verificado, sufriendo el pueblo una nueva y más sangrienta burla.

Agotados inútilmente todos los recursos que la Ley concede en esos casos, los hombres



de la oposición pensaron en lanzarse a la revuelta; en exigir por medio de la violencia lo que se les había arrebatado con idénticas armas.

Radicado entonces en San Luis Potosí el Sr. Madero, después de largas discusiones, aceptó la idea de la insurrección, encargando al Dr. Cepeda, actualmente Gobernador de San Luis y al Lic. Roque Estrada la redacción del plan rebelde que debía ser la chispa generadora de la conflagración.

---

### III

Aceptado y firmado el Plan de San Luis, la primera providencia que se tomó fué la fuga del Jefe revolucionario y de los principales conspiradores a los Estados Unidos, donde se prepararía el movimiento sin peligro alguno.

Así lo hicieron con la mayor felicidad y con asombro de los personajes prominentes del porfirismo.

Sin embargo, al asunto no se le dió gran importancia, y la revolución tuvo tiempo de robustecerse y ramificarse con lo que llevaba grandes probabilidades de triunfo.

El señor Madero, apenas pudo cruzar la frontera acompañado de Julio Peña y disfrazado de obrero, tomó como primera determinación, lanzar un manifiesto al pueblo de los Estados Unidos, en el que expresaba claramente su empeño por luchar en pro de los intereses del pueblo mexicano, procurando, asimismo, derribar la dictadura porfirista.

Este documento ha sido calificado de in-



genuo y de poco trascendental, toda vez que ningún objeto práctico perseguía.

Tras este primer paso del futuro caudillo, se procedió a la organización definitiva del movimiento revolucionario, y al efecto, fueron nombrados los que integrarían una especie de junta revolucionaria, en la que eran figuras principalísimas los hermanos del señor Madero, el Lic. Federico González Garza, don Juan Sánchez Azcona, Dr. Cepeda, Lic. Estrada, Aquiles Serdán, Bordes Mangel, Lazo de la Vega y otros.

En lo que se refiere a los hermanos Vázquez Gómez, diremos que no tomaron participación en el movimiento sino cuando éste había tomado gran incremento en todo el país.

Bajo tales auspicios principiaron las labores revolucionarias; la reserva, que es tan necesaria en estos casos, era cosa desconocida para los directores del movimiento, quienes daban órdenes, expedían despachos, armaban escándalos, sin tener en cuenta que los que se hallaban de hecho frente a frente del Gobierno, carecían de armas, de parque y hasta de alimentación.

Entre los individuos afiliados que se encontraban en San Antonio, pocos pudieron organizar expediciones. Algunos, desesperados

por la situación angustiosa de miseria que arrastraban en el extranjero, solicitaban en vano que el señor Madero influyera para que entraran a territorio mexicano a engrosar las filas de los rebeldes.

Varias veces estuvo el señor Madero a punto de pasar la frontera con el objeto de encabezar la insurrección, unificando las tendencias; pero por una parte las influencias de la familia, y por otra los consejos del Dr. Vázquez Gómez, retardaban el asunto, hasta que el hoy Presidente de la República, viéndose perseguido por las autoridades americanas, prefirió ir a compartir con sus correligionarios las zozobras y las luchas de los campos de batalla. Orozco, tanto por la indecisión del caudillo cuanto por la falta de elementos de guerra, dió muestras de insubordinación, desconociendo la autoridad de su jefe y alejándose del punto a donde estuvo esperándolo.

Tal llegó a ser la decepción del señor Madero ante los primeros fracasos, que no tuvo empacho en hacer las declaraciones siguientes:

—“La revolución ha fracasado. El pueblo acepta resignado y servilmente el Gobierno del Gral. Díaz y no hay esperanza de que responda a nuestros deseos. Mi situación es difícil, porque por mi causa muchos sufren en



las cárceles. Yo no puedo menos que doblegarme ante los hechos; pero antes lanzaré un manifiesto reconociendo al Gobierno del Gral. Díaz, ya que el pueblo lo reconoce, y le suplicaré que perdone a todos mis partidarios."

Por fortuna, estas ideas insufladas en el ánimo del señor Madero por sus familiares, no tuvieron realización, pues varios de los que tenían fe en el triunfo de la causa se opusieron a tamaño desacato.

Además, el hecho de que ya se había dejado sentir la reacción y el pueblo tomaba nuevos impulsos de sus debilidades, acabó de obligar al señor Madero para que asumiera de una vez el mando de sus fuerzas.

Desde el instante mismo en que el caudillo cruzó el Rubicón y se entregó en brazos de la suerte, empezó una peregrinación constante hasta que, por un mero exceso de seguridad en sus fuerzas, pretendió dar un asalto a la plaza de Casas Grandes, sin contar con que el Gral. García Cuéllar venía por la retaguardia. La confusión que entonces se produjo en los rebeldes fué grande y el señor Madero, con todos sus soldados, salieron en fuga desatentada. Allí el caudillo resultó ligeramente herido de una mano y dejó abandonados su archivo, sus armas y hasta sus ropas.

\*  
\* \*

Mucho se ha dicho con referencia a la fuente de donde procedieron los fondos para el sostenimiento de la revolución. Nosotros, sin pretender reputarnos como los más verídicos, podemos asegurar que la mayor parte de los gastos de insurrección fueron pagados con esa suma fabulosa que produjeron los préstamos forzosos, y así lo conviene el Dr. Vázquez Gómez, quien por su cargo de representante confidencial de la revuelta, en Washington, está muy al tanto de esos negocios.

Por otra parte, las investigaciones que a este respecto hace una comisión del Senado americano comprueban la verdad de nuestros asertos. Sin embargo, parece que se pretendía colocar un empréstito de cinco millones de dólares, lo que no se logró a pesar de los grandes esfuerzos hechos por el entonces agente financiero Sr. D. Gustavo Madero.

Los bonos del empréstito de que hacemos referencia no pudieron negociarse porque el Sr. Madero se opuso terminantemente a que los obtuvieran los capitalistas extranjeros.

Sin embargo de todo, los americanos, y en particular el pueblo, simpatizaron grandemente con los insurrectos y manifestaron su buena voluntad para con los facciosos, ora pro-



porcionándoles dinero en calidad de donativo, ora solapando y ayudando el paso de armamento por la frontera.

En cuanto al Gobierno de la Casa Blanca, por razones de política, guardó una actitud muy sospechosa que el tiempo calificará debidamente.

De este modo fué cómo el General Díaz se vió compelido a dar un nuevo paso hacia la bancarrota, cambiando bruscamente su ministerio y poniendo en vigor la Ley de Suspensión de Garantías, con lo que se exacerbaron los revolucionarios.

Ya sin otro recurso, el gobierno porfirista, acosado por nuevos núcleos de facciosos aparecidos en los Estados del Sur y del Centro y aun en el propio Distrito Federal, tomó la determinación de gestionar la paz.

El Sr. Madero, que entonces estaba en las cercanías de Ciudad Juárez pretendiendo tomarla, recibió con júbilo la noticia y se dispuso a entrar en el terreno diplomático, tan escabroso para él, por su inexperiencia e ingenuidad.

Pactado el armisticio, las conferencias de paz empezaron. Durante ellas se notó la extremada precipitación del Sr. Madero, que no se cuidaba de las celadas que le tendieron los

representantes del Gobierno. Por acabar violentamente, con ligeros escrúpulos, iba cediendo y cediendo hasta el punto de admitir el sólo cambio de algunos Ministros y de varios Gobernadores. Pero, por fortuna, la perspicacia del Dr. Vázquez Gómez, de Sánchez Azcona y de otros, salvó á la revolución del supremo fracaso, influyendo y a veces exigiendo del Sr. Madero se mostrara un tanto radical. Debido a esto, el Gral. Díaz, que se negaba a presentar su renuncia, publicó un manifiesto, anunciando que continuaría la lucha.

No se hizo esperar el fruto de esas bravatas y en medio del general aplauso, las plazas de Ciudad Juárez y Pachuca quedaron, casi simultáneamente, en poder de los maderistas, obligando al Dictador a reanudar los tratados y a presentar su renuncia.

A propósito de la toma de Ciudad Juárez, varias personas aventuran la creencia de que los revolucionarios no verificaron un asalto, sino que el Sr. Madero sobornó al Gral. Navarro y a otros jefes con el fin de entrar sin gran resistencia. Nosotros disentimos de esta manera de pensar, pues con poco que se discurre, se comprende que si los soldados revolucionarios entraron a la plaza era por la supe-



rioridad numérica y porque el asalto fué dado cuando estaba en vigor el armisticio concertado por los beligerantes. En lo que toca al hecho de que algunos soldados federales recibieron disparos del interior de la plaza, la explicación es bien sencilla: Todos sabemos que los rebeldes contaban con las simpatías del pueblo; que cuando llegaban a una plaza obtenían buena ayuda de los vecinos. Pues bien, en este caso, no sucedió más sino que los gobiernistas fueron cogidos entre dos fuegos.

Volviendo a los tratados de paz, concertados por los representantes de la Revolución y del Gobierno, prescribiendo la renuncia del Gral. Díaz, del Vicepresidente y del Gabinete, la subida al poder del Lic. de la Barra, la cesación de las hostilidades y el licenciamiento paulatino de los revolucionarios, diremos hoy lo mismo que entonces, que aquella transacción con el pasado, había de generar las dificultades actuales.

---

#### IV.

El movimiento insurreccional, abortado en varias partes de la República y que debido a la suprema heroicidad de Aquiles Serdán, y sus compañeros, tomó grande incremento por la reacción producida en el espíritu público, en Abril de 1911 alcanzó el más alto grado de poder, sorprendiendo al mismo Señor Madero que nunca había soñado con algo semejante.

Porque si bien al prepararse la insurrección el Caudillo rebelde tuvo en cuenta la valiosa ayuda del pueblo, creyó que el elemento civil se manifestaría indiferente y que el principal sostén de la causa sería el ejército, esa institución incorruptible, en la que contaba con amigos y simpatizadores. Sin embargo, sus creencias resultaron fallidas, y el obrero, el trabajador de los campos, el minero etc., etc., fueron los que formaron aquellas partidas de rebeldes indomables que integraron las filas del famoso Ejército Libertador.

El Gral. Díaz, presintiendo su caída, hizo